

# ***Disce ab Alligatum,***

---

Pregúntese usted lo siguiente: “¿Qué es un virus?”. Un virus es un agente acelular (lo que significa que no posee vida) cuya única función consiste en reproducirse a toda costa por medio de la realización de una “falsa copia” de ADN mientras se aloja en el interior de las células. Eso queda claro, pero ¿Cuál es su tamaño? Pues bien, la gran mayoría de los virus están designados bajo la calificación de “submicroscópicos”, lo que significa que no pueden ser observados ni si quiera con microscopios ópticos.

Ahora vayamos a nosotros: Los humanos. Los humanos somos seres pluricelulares cuyos objetivos no giran en torno a una sola motivación, sino a varias.

A pesar de las radicales y tan marcadas diferencias en nuestra constitución biológica en relación a un virus, ambos poseemos algo que nos une: Por querer realizar algún acto que resulta ser beneficioso para nuestra persona, terminamos por perjudicar a otros en el proceso. En el caso del virus, al reproducirse deja vulnerable el ADN del ser que infecta. En nuestro caso, por ejemplo, al querer producir comodidades, las fábricas terminan por perjudicar a los seres con los que vivimos e incluso a nosotros los humanos.

Pero me estoy desviando del tema que estaba pensado para esta producción escrita.

Los humanos poseemos una cualidad psicológica que nos diferencia de otros seres con cerebros y que nos ayuda a “defendernos” y a sobrevivir de manera más eficiente: el escudo que se compone de la capacidad de raciocinio y el arma que lo acompaña: la pregunta.

Pensemos en esto: Un niño pequeño realiza muchas preguntas. Si poseemos conocimientos básicos acerca de todo un poco es fácil responderles la mayoría de ellas; Sin embargo, al final viene una de las preguntas más temidas: “¿Por qué?”.

“¿Por qué *esto*?”, “¿Por qué *aquello*?”, “¿Por qué *no*?”, “¿Por qué *sí*?”, “¿Por qué?”. La pregunta es una de las ofensas más poderosas que tenemos y el afán por responderlas una de las razones por la cual seguir viviendo, para muchos. Encontrar un obstáculo y cuestionarnos la manera de eliminarlo es la causa de nuestro avance. Y aunque es cierto que no todos los descubrimientos se producen gracias a alguien que se preguntó algo alguna vez; es bien sabido que, si uno no se cuestiona ni analiza el problema, las posibilidades de sobrepasar la traba que nos detiene y sin invertir el más mínimo ápice de voluntad son prácticamente nulas.

Desde que apareció el **COVID-19** en nuestro país, muchos de nosotros hemos tenido el tiempo más que suficiente para hacer las cosas que siempre hemos querido hacer (obviamente, respetando el aislamiento). Pero también nos hemos dado el tiempo de hacer más preguntas y, con el tiempo suficiente para buscar e investigar tanto en Internet como en libros, hemos logrado responder a muchas de esas preguntas que nos formulábamos.

Si bien es cierto que el aislamiento ha causado, entre otras cosas, depresión o ansiedad en muchas personas, también ha incitado a muchas otras a hacer cosas que nunca habrían tratado de realizar si las circunstancias fuesen distintas a las que estamos viviendo ahora.

Por ejemplo: Muchos se habrán visto en la situación de haberse encontrado con algún hablante de lengua extranjera (sea cual sea la razón), así que se preguntaron cómo estar mejor preparados para una posible próxima situación similar. Acto seguido, se propusieron aprender ese idioma.

Otros habrán aprendido cosas de las que nunca en su vida van a poder tener la oportunidad de poner en práctica.

Tal vez algunos aprendieron por su cuenta y otros por medio de terceros, pero lo que es seguro es que todos aprendimos algo; a mayor o menor escala, pero algo al fin y al cabo.

Hemos hablado ya del “arma” que es nuestra propia habilidad de preguntar, pero no hemos hablado del “escudo” todavía: La capacidad de raciocinio.

La posibilidad que llevamos de razonar y reflexionar nos permite considerar la forma más eficiente de efectuar las acciones que resuelvan el problema sobre el cual nos cuestionamos.

Pongamos el ejemplo de la penicilina:

Alexander Fleming observó la destrucción celular que había causado el hongo en la cápsula Petri; acto seguido se dispuso a razonar sobre las posibles causas de dicho evento y, luego de cultivarlo y aislarlo, logró comprobar su utilidad.

Aquí se ve en acción el anteriormente mencionado “escudo”: Fleming razonó la forma de solucionar un problema (en este caso, el alto índice de infecciones en las guerras) con la intención de defender una causa.

Con todo lo dicho anteriormente algunos podrían llegar a la conclusión de que somos seres invencibles, ya que poseemos los recursos necesarios tanto como para defendernos como para atacar. Desgraciadamente, no es el caso debido a que mientras estemos compuestos de ADN somos vulnerables y propensos a ser infectados por algún virus; así que la única solución para no contagiarnos o infectarnos sería no componernos de ADN. Para conseguir eso tendríamos que morir. Pero si morimos no vivimos; y si no vivimos, no preguntamos; y si no preguntamos, no encontramos respuestas. “¿Respuestas a qué?, ¿Sobre qué hemos de preguntarnos?” dirá usted. Bueno, eso tendrá que descubrirlo por su propia cuenta...

-por ***Byleth***-